



Cornejo Chaparro, Manuel. *El río infinito. La primera senda de Yaquichán Tapullima* Lima: Editorial Planeta, 2021; segunda edición, 2025.

El río infinito. La primera senda de Yaquichán Tapullima es la primera novela del estudioso Manuel Cornejo Chaparro (Lima, 1965), literato, director del CAAAP y miembro también de la Red de Creación Intercultural Mingas de la Imagen. Esta novela, que ya cuenta con una segunda edición, está enmarcada en el género policial latinoamericano y busca trascenderlo generando una compleja crítica social. Los 21 capítulos que componen la historia están ambientados entre 2011 y 2012 en la ciudad de Iquitos, cuando los desagües de la ciudad estaban abiertos. De este modo, la novela plantea una crítica al abandono y a la corrupción en la ciudad amazónica. Esta dimensión crítica se articula a través de un recurso significativo propio de ciertas novelas policiales latinoamericanas: la ciudad se convierte en un personaje más de la narración. Es decir, esta ciudad no es solo el espacio en el que transcurren los hechos, sino que es un paisaje cultural que dialoga con la propuesta narrativa del autor.

A propósito, esta propuesta se desarrolla en dos tramas. La primera, está vinculada intertextualmente —es decir, mantiene relaciones explícitas—, con la novela *Pantaleón y las visitadoras* de Mario Vargas Llosa. Mientras que la segunda trama está vinculada también intertextualmente al perspectivismo del pensador brasileño Eduardo Viveiros de Castro. A continuación, desarrollaré ambas tramas a partir de sus vínculos intertextuales para luego, explicar la propuesta central de esta excelente apuesta literaria.

La primera trama versa sobre el asesinato de dos personajes curiosos: un peluquero y una mujer llamada —inicialmente— Efigenia, quienes aparentemente no tienen vínculo alguno, aunque conforme atravesamos la historia encontramos que tenían un pasado común. Para resolver este misterio aparecen dos protagonistas: un policía limeño que reside en Iquitos llamado Antonio Sifuentes y Eulogio Morel, un abogado nieto de un abogado cercano a Julio César Arana, que intenta terminar de escribir una novela.

Las conversaciones entre estos dos amigos enmarcan la primera trama de la novela, desarrollando el asesinato señalado previamente y, a través de Morel, el asesinato de los indígenas en la época del caucho. Pero quiero subrayar que es a través de la historia del asesinato que Cornejo quiere articular una crítica social: no importa tanto quién los asesinó sino por qué. Las razones de los asesinatos se enmarcan en la problemática de la explotación sexual femenina en la Amazonía peruana.

Ahora bien, sabemos que, desde su descubrimiento, la Amazonía ha sido entendida como un espacio de caos y excesos, y que la mujer amazónica ha sido entendida bajo paradigmas de “sexualidad exuberante, capaz de satisfacer las más altas exigencias masculinas” (Paredes, 2005, 19), es decir, bajo representaciones colonialistas y, sobre todo, masculinas que han justificado su hipersexualización histórica (Chirif, 2004; Motta, 2011).

Esta crítica a la prostitución y a sus consecuencias en las jóvenes amazónicas es la segunda crítica social que esta obra visibiliza. No obstante, lo interesante no es solo que proponga esta problemática como motor de una trama policial, sino que utilice la literatura para hacerlo. Es decir, el autor utiliza la literatura para reflexionar sobre la propia literatura y para sugerir que los límites entre realidad y ficción pueden ser sumamente difusos. Así, coloca dos personajes literarios —el peluquero y Efigenia— como protagonistas de un escándalo que ha sido desarrollado ya en la anteriormente mencionada novela y, a su vez, en su recordada adaptación cinematográfica. Esto es interesante porque Morel y Sifuentes conocen la novela de Vargas Llosa y la aluden directamente.

Pero la novela no se queda en plantear un problema social tan grave como lo es la prostitución. La segunda trama es vital para entender la complejidad de esta historia en tanto plantea un constante contrapunto de representaciones. Como lo señala su título, esta es la historia de un personaje llamado Yaquichán Tapullima, un joven estudiante de la carrera de Derecho, descendiente del pueblo indígena amazónico kukama-kukamiria que, además de ser orgulloso de su ascendencia, está haciendo su tesis de licenciatura sobre la época del caucho —un tema en el que, además, Cornejo es autoridad—. Yaquichán, quien trabaja con Morel en su estudio de abogados, es un personaje que ha sido construido sobre la base de lo que se ha pensado y de cómo se ha representado a los indígenas amazónicos en diversos discursos, aunque con una variante: él desarticula lo construido sobre *ellos*. Desde su nombre, este personaje encarna una modernidad muy propia de la indigeneidad actual. Él construye un “nosotros”, complejo que escapa a los paradigmas de buen o mal salvaje con los que se ha pensado a los indígenas amazónicos y más bien demuestra ser altamente consciente de lo que se piensa de él, visibilizando las fracturas en la construcción de la indigeneidad amazónica. Así, este joven de ojos achinados, piel bronceada, cabello lacio y grueso cayendo sobre la frente, piensa lo siguiente de Vanesa, la joven universitaria amante de las novelas policiales, de la que se enamora: “¿Lo buscaría solo por eso, o porque él era kukama y a ella le interesaban las culturas indígenas? ¿Lo estudiaría, analizaría, utilizaría? [énfasis añadido]” (Cornejo, 2021, p.81,). Yaquichán cuestiona lo que se sabe de los indígenas amazónicos en tanto han sido vistos como objetos de estudio en vez de sujetos activos y partícipes de su propia historicidad. Cito un fragmento en el que se subraya la violencia que subyace a la identidad kukama: “Por décadas, el pueblo kukama había sido discriminado; en las escuelas de Nauta y del Marañón, los castigaban con látigo si hablaban su idioma. A la fuerza les habían impuesto el castellano, eso lo sabían todos. Hasta hace pocas décadas estaban prohibidos de sentarse en las bancas de la plaza de Nauta (...) Por eso muchos se habían cambiado sus apellidos y negaban, o no se acordaban de sus orígenes” (Cornejo, 2021, p. 42). Ser kukama entonces era signo

de vulnerabilidad, pobreza y exclusión. No obstante, consciente de lo citado, Yaquichán propone orgullo, conocimiento y modernidad. Serán él y Vanesa, junto con Morel y Sifuentes, quienes intentarán resolver el misterio de quién asesinó al peluquero y Efigenia, pero a la vez, quienes pondrán sobre la mesa el problema de la prostitución en la Amazonía. Este es el momento en el que narrativamente dialogan las dos críticas sociales: la primera es sobre cómo se han construido las representaciones sobre los indígenas kukama-kukamiria, y la segunda es la crítica a la prostitución.

La segunda trama, que excede el núcleo narrativo del asesinato, es la misión que tiene Yaquichán en la vida: convertirse en un *ipurukari*, es decir, en un gran cazador. A partir de este segundo núcleo narrativo es que ingresa un personaje importante en la obra: el abuelo de Yaquichán quien aparece en sueños y le narra la historia de sus orígenes, de su familia, de su pasado y de su presente desde una perspectiva mítica kukama. Lo que distingue a esta propuesta no es solo la narración el abuelo, sino la forma, ya que es él quien constantemente alude, sin decirlo directamente, a la noción de perspectivismo del antropólogo brasileño Eduardo Viveiros de Castro.

Primeramente, el perspectivismo, según Viveiros de Castro es “la concepción indígena según la cual el mundo está poblado de otros *sujetos, agentes o personas* [énfasis añadido], más allá de los seres humanos, y que perciben la realidad de manera diferente a los seres humanos.” (Viveiros de Castro, 2014, p. 16). Este concepto parte de una premisa general: la humanidad es el principio que engloba a todos los seres y a todas las realidades que son múltiples. A partir de esta idea, Viveiros de Castro intenta señalar que el cuerpo es como una vestimenta, como una posición, sobre la que podemos cambiar constantemente. De ese modo, algunos seres que son animales actualmente —o digamos, que están vestidos como animales— no han perdido el principio de humanidad. Por ello, desde el perspectivismo, o desde la filosofía amerindia, atentar contra la naturaleza es una forma de atentar contra la humanidad. Al respecto, el abuelo le explica lo siguiente a Yaquichán: “En las épocas primeras, y para que nunca te lo olvides, todos los animales del bosque, como el pajarito que vuela persiguiendo otros sueños,

como la sachavaca, con esa mirada tristona que parece predecir su futuro truncado, como las nutrias de las quebradas que fueron confundidas con dragones por los primeros barbudos que llegaron por estas tierras, así como el bufeo que es el primo desventurado de los delfines plateados y enamora a las mujeres y les hace el amor riquísimo, *todos ellos podían volverse personas. Nosotros entendíamos su lenguaje y ellos nos escuchaban y reían y llorábamos todos juntitos [énfasis añadido]*” (Cornejo, 2021, p. 27). A su manera, muy poéticamente, el abuelo ha expresado la médula del perspectivismo. Este concepto se repite y lúdicamente se poetiza a lo largo de la novela como cuando el abuelo le cuenta a Yaquichán que su madre ha sido tortuga. Frente a este concepto, la novela tiene el mérito de sopesar constantemente la primera trama: el asesinato y la consecuente búsqueda del asesino; con la segunda: la relación onírica de Yaquichán con su abuelo en la que este le intenta mostrar el camino que debe seguir un gran cazador kukama. Así, la estructura se complejiza conforme uno avanza en la lectura: los sueños narrados por el abuelo nos cuentan los mitos y creencias kukama, mientras que se intenta resolver quién fue el asesino.

Frente a esta compleja estructura narrativa que pone en cuestión más que tramas, también, como hemos visto, conceptos, estilísticamente la novela presenta dos importantes contribuciones a la literatura amazónica. De un lado, está escrita reivindicando la oralidad amazónica, y de otro lado, permite cuestionar constantemente cómo está siendo representada la Amazonía ahora como espacio emocional, histórico y político. Al respecto, se señala en los pensamientos de Morel: *“A veces pensaba que la selva era solo para ser pintada [énfasis añadido]*. Frente a él estaban esos cuadros de Calvo de Araujo, Bendañán, Ceccarelli y Brus Rubio que reflejaban la particularidad de la floresta: esa abundancia de colores, sensaciones y mitos donde las emociones se extraviaban y relumbraban, algo que, lamentablemente su escritura no podría alcanzar” (Cornejo, 2021, p.18). Este pensamiento que se repite de diversas maneras a lo largo de la novela es un gran aporte porque no solo acepta lo difícil de representar *de otro modo* a la Amazonía y a su gente, sino a su historia también. Cómo hacerlo con palabras, cuando los colores pueden ser más precisos,

parece preguntarse el narrador de este río infinito que es la historia moderna de los kukama y con ello, la historia también de la sociedad peruana amazónica que necesita conocerse a sí misma. Por todo esto, esta novela es un gran aporte a las representaciones de la identidad indígena amazónica y de la Amazonía en sí misma.

Andrea Cabel García

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

acabelg@unmsm.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0002-7419-8609>

Referencias bibliográficas

- Chirif, A. (2004). El imaginario sobre la mujer loretana. En E. Elías y E. Neira (Eds.), *Salud reproductiva en la Amazonía: perspectivas desde la cultura, el género y la comunicación* (pp. 59-80). Minga-Perú.
- Motta, A. (2011). La «charapa ardiente» y la hipersexualización de las mujeres amazónicas en el Perú: perspectivas de mujeres locales. *Sexualidad, Salud y Sociedad*, (9), 29-60.
- Paredes, S. (2005). *Invisibles entre sus árboles*. Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán.
- Viveiros de Castro, E. (2014). *La mirada del jaguar: introducción al perspectivismo amerindio; entrevistas*. Tinta Limón.